

(Las flores se le caen en el camino: las últimas, al abrir los brazos para echarlos al cuello de su madre, caen á los pies de ambos.)

MAGDALENA

¡Hijo mío!... Calla... calla...

ALBERTINO

¿Dónde está padre?... ¿Te deja llorar?...

MAGDALENA

¡Hijo mío... calla!

JUAN PABLO

(A Magdalena.)

¿Y lloras por él?

MAGDALENA

No mires
con indignación mis lágrimas;
no son de ninguna tierra,
padre mío... ¡Son del alma!

(Se abrazan: lloran Groninga y María Berkey acercándose al grupo: los demás permanecen en el fondo. Todavía, lejanísimo, redobla el tambor de los tercios.)

TELÓN

ACTO CUARTO

LA PAZ

La misma decoración del acto segundo. Cae la tarde. En escena JUAN PABLO, MARTÍN FROBEL y POTTER junto á la puerta del campo. MANDER, hablando con MARÍA BERKEY y MAGDALENA que, por apartarse de la conversación hace grupo con ALBERTINO.

JUAN PABLO

Ve tú, con buen tiento, Potter,
á lo que tengo mandado;
tú acompañaile, Martín,
y en tu prudencia descanso.

MARTÍN

Y haces bien, que, según son
los tuyos, hoy son mis ánimos.

JUAN PABLO

No olvidéis que, como viene,
más que vencido, domado,
ni estarán en su sazón
reticencias ni entusiasmos;
tratadle como quien es,
dadle apoyo, abridle paso;
si está herido, hacedle cura;

si lo ha perdido, un caballo
procuradle.

(A Potter.)

Y tú, sé en todo,
que yo lo quiero y lo mando,
para recibirle, amigo;
para servirle, criado.

POTTER

Se hará así.

MARTÍN

¿Le encontraremos?...

JUAN PABLO

En la aldea; Mander trajo
noticias que llegó allí
con su tercio destrozado.
Dicen que los tercios mueven
lejos de Flandes, el paso;
si Diego aun queda con ellos,
es que recela en su ánimo,
y no quiero que á una casa
que es suya, pues llega honrado
con su dolor, la sospecha
le tenga, al llamar, la mano.

MARTÍN

Descuidad.

POTTER

(Exagerando.)

Le haremos tales

demostraciones de agrado,
que él se deje, haciendo vía,
un recelo en cada paso.

JUAN PABLO

Así es mi gusto.

MARTÍN

Y así
la voluntad con que vamos;
descansa en ella.

JUAN PABLO

Traedle :
no desea más Juan Pablo.

á
E

(Salen, Martín Frobel amonestando á Potter en cuyo brazo se apoya; queda Juan Pablo un rato á la puerta viéndoles alejarse.)

MANDER

...Y me han dicho, la Berkey,
que torna extraño: sospechan
si le han trastornado el seso
los reveses de la guerra.

MARÍA

(Crédula, con susto.)

¡Señor!

MAGDALENA

El es hombre, Mander,

singular en lo que piensa,
y así no es fácil que todos
los que le escuchan le entiendan.

*(Volviendo á Albertino; desde-
ñosa.)*

Albertino, sube á ver,
de la terraza la senda,
y al verle llegar de lejos,
dame un grito y hazme seña.

*(Albertino penetra en la casa.
Mander insiste.)*

MANDER

Según son vuestros apremios,
doyme á pensar, Magdalena,
que mucho bueno esperáis
de esta vuelta de la guerra.

MAGDALENA

¿No esperáis lo mismo vos?

MANDER

No: yo vi á Diego en la aldea.
Ya no es el de aquella tarde,
cuando, abriéndome la puerta
de la casa, me arrojó
tan villanamente de ella;
hoy es mi día; hoy se ajustan
todas en su mal las cuentas.
Magdalena—hoy os lo digo,
tal vez nunca os lo dijera—,
tanto como vos le amáis,
yo odié á Don Diego en la tierra;

y acaso esté en vuestro amor
la razón que á mí me mueva.

MAGDALENA

(Con dignidad.)

Mander... ¿á qué publicar,
si se adivinan, bajezas?
¡No habla la serpiente, y rastro
por donde pasa nos deja!

MANDER

(Cinismo frío.)

Como queráis. —Hoy termina,
de todas suertes, la guerra—.
Vos con amor, yo con odio,
veremos hoy quién acierta.
Esta casa y este asilo
que le disponéis en ella,
veréis si una herida sólo
de las que le han hecho, cierra.

MAGDALENA

(Volviéndole la espalda.)

No os puedo escuchar.

MANDER

Dejadme.

Ya escucharéis, Magdalena,
cómo él os pide la muerte
por piedad; la muerte aquella

que yo no le di en el campo
porque me faltó la diestra.

(Sonriendo cínicamente, á Juan Pablo, que con María Berkey estará en el fondo, hablando en voz baja.)

Decid... ¿no encendéis, Juan Pablo,
esta noche las hogueras
para festejar el triunfo?
¡Toda Flandes hace fiesta!

JUAN PABLO

(Con dignidad.)

Olvidáis que esta es la casa
de un español; si yo en ella
me encuentro, es para mostrar
cuanto me obligan noblezas
que conmigo se tuvieron
en los días de la guerra.

MANDER

¡Hidalgas hizo el hidalgo
del Brabante las maneras!
¡Dolor que rechace Flandes
la tiranía extranjera,
cuando ya está dando España
tales frutos de nobleza!

JUAN PABLO

¡Mander!

MANDER

¡Os trocaron todo,

Juan Pablo! Ya en vos no queda
ni una gota de la sangre
que debéis á vuestra tierra.
¡Alzad la frente, yo os traigo
lumbre para las hogueras!

MARÍA

¡Juan Pablo!

JUAN PABLO

Mander, no os vale;
id por las cabañas estas,
que todas ellas el triunfo
con luminarias festejan.

MANDER

Como gustéis.

(Va á salir, sonriendo irónicamente; como un reto añade):

Volveré,
cuando él torne, Magdalena;
que, aunque ni vos me estimáis
ni él mis saludos espera,
quiero yo ver, por mis ojos,
cuánto logran, qué aprovechan,
los milagros del amor
para acabar una guerra.

(Juan Pablo ha bajado la cabeza; María Berkey respira y va á cerciorarse de que Mander ha salido. Magdalena permanece serenamente fría.)

ALBERTINO

(Desde lo alto.)

Cae la tarde... y desde aquí
ya no distingo el sendero.

MAGDALENA

¿No le ves si viene?

ALBERTINO

Aun no.

MAGDALENA

Pues llega un momento.

(A sus padres, que estarán en el fondo.)

Quiero
colgarle al cinto su espada,
que habrá de halagarle á Diego;
no la ha tenido en sus manos
desde aquel día funesto.

ALBERTINO

(Apareciendo en la puerta grande.)

Madre...

MAGDALENA

Llega aquí, Albertino.

(Coge una espada que habrá, con su cinto ó banda, sobre la mesa, y la ciñe á Albertino: le contempla á su sabor un instante y añade.)

Día es hoy que nos debemos
al que regresa los dos;
acostumbra el pensamiento
á que brote de él, lo mismo
que agua manantial de un cerro;
haz tus manos á llevar
la mitad de los empeños
que él quiso entregar al mundo
y en el mundo no cupieron;
piensa que te ha dado, al darte
sangre suya, en don de fuego,
con el regalo del nombre,
la obligación de los hechos;
no olvides que los linajes,
si toman carne en el cuerpo,
sólo el alma es quien, al cabo
les viene á poner el sello;
piensa que eres agua y cauce
donde correr, su recuerdo;
que eres fuerza, pero de él
partió el impulso primero;
que los hijos, de los padres,
si toman el pensamiento,
se arman para continuar
la obra de Dios en el suelo;
que sólo, en este pasar
de un mismo nativo empeño
á los hornos de los hijos
desde el hogar de los viejos,
deja de ser humo y aire
y es eternidad el tiempo...
Cuando le veas entrar,
llega tu rodilla al suelo,
que un padre, si no es Dios mismo,
para un buen hijo, es su templo;
pon en sus manos tus labios,

que aunque más pida tu pecho,
 tu cariño será doble
 si se viste de respeto;
 escucha mucho, habla poco,
 pide nada, te da entero,
 y queda, en mi bendición,
 de la gracia de Dios lleno,
 ya que es para ti, este día
 que él regresa y yo le espero,
 el primero de tu vida
 después de tu nacimiento.

(Le bendice con las manos puestas sobre su cabeza y le abraza luego; en este mismo instante suenan, detrás de las bardas, las voces de Don Diego y los ayes y quejas de Potter.)

DON DIEGO

(Dentro.)

¡Villano! ¿Pretenderás
 engañarme á mí, villano?

POTTER

¡Señor!

DON DIEGO

(Ya en la puerta; pero á medias, vuelto de espaldas.)

¡Decirme que no
 me vencieron en el campo

porque piensa que no sé
 soportar mis descalabros!

(Levanta su espada, que trae en la mano, contra Potter, que huye.)

¡Vive Dios!...

(Acaba de dar la vuelta, encogiéndose de hombros; ve á los suyos. En un grupo los dos ancianos: Juan Pablo, con su gorra de pieles en la mano; María Berkey sonriéndole y casi tendiéndole sus brazos; Magdalena, con el rostro contraído de dolor, hierática; el hijo, sin comprender, atemorizado.)

¡Ah! ¿Me esperabais?

Doyme prisa, abrevio el paso.

(Llega hasta Magdalena, á la que bruscamente, y casi sin mirarla, tiende su espada.)

Cuelga de un garfio esta espada,
 pero cuélgala bien alto;
 que, aunque rodé y me han vencido
 y ya no es mía, el villano
 que pretenda descolgarla
 ha de tener largo el brazo.

(Magdalena toma la espada que le entregan y, sin mirarla, la deja sobre la mesa. Ella, con toda el alma en los ojos, sigue á Diego, que ahora está delante de su hijo. Albertino pretende arrodillarse; Don Diego, con un arranque, grita.)

¡A mis pies no, que te humillas!

(Le obliga á levantarse y le abraza fervorosamente; se vuelve á Magdalena y sonríe: desde este momento se humaniza y se va quebrando gradualmente la máscara de su rostro: ve á los viejecitos en el fondo: con frialdad ceremoniosa.)

Buena mujer, noble anciano...

(Mirando á todas partes.)

¿No quedan más?... ¡Pocos sois, para lo nuevo del caso!

MARÍA

(Tendiéndole aún los brazos.)

¡Hijo!... ¡Diego!... ¿No me ves?

JUAN PABLO

(Severo, amargado, empujando á su mujer para que entre con él en la puerta pequeña.)

María... silencio... vamos...

(Salen los dos.)

MAGDALENA

(Dolorida, llegándose á Don Diego.)

Diego, son mis padres... ¿fueron tan funestos estos años que te olvidaste?...

DON DIEGO

Aun recuerdo

la airada voz del anciano,
y, como me dió por muerto,
me extraña verle á mi lado...
¿murió él también?...

MAGDALENA

¿Por qué finges,

Diego?... ¿Qué hay vil en mis brazos,
que te los tendí al llegar
y sólo una sombra hallaron?

DON DIEGO

¿Pues esperabas tú luces,
si vuelvo con el ocaso?

MAGDALENA

Diego: en tu presencia, nada
siento que me muerda el ánimo;
de nada acusarme puedes;
sobre mi tierra te he amado;
sobre mi casa y mi gente,
puse mi vida en tus manos.
¿Mereció mi lealtad,
á tu regreso, este pago?
Si finges con los demás,
si pones hielo en tus labios
para que nadie, por ellos,
entre en ti, que eres sagrado,
la puerta que á otros les cierras,
¿no habrán de abrirla estas manos?

DON DIEGO

No me pidas que concuerden
las palabras de mis labios
con el horror de mi vida,
Magdalena. No inventaron
palabras tan espantosas
los mortales.

MAGDALENA

Ni reclamo
que tus dolores me cuentes;
me basta á mí adivinarlos.
Quiero que, al llegarme á ti
para enjugar con mis manos
tus lágrimas, no las quemes
con el fuego de tus párpados;
quiero...

(Se ha acercado á él: le ha puesto una mano en la espalda. Don Diego se estremece: le coge la otra mano: confidencial, precipitado, leal, temblándole la voz.)

DON DIEGO

Magdalena, ha sido
la tragedia un sueño malo...
No sé si he muerto ó si vivo
todavía... Nos llegamos
á esta guerra los de España
que, en tres meses, caminando,
por tres reinos, con la espuela
polvo español levantamos.
Salimos... y, por merced,
la Europa nos abre paso;

que, como somos mendigos,
nos dejan ir mendigando...

MAGDALENA

Pero tú, que el corazón
te dejaste entre mis brazos,
por una senda de flores
vuelves, glorioso, á buscarlo.

DON DIEGO

Pero, como era, al partirme,
de dos mundos soberano,
y hoy, al pisar un sendero,
me obligo á un dueño, pisándolo,
no estoy hecho á ser tan poco
después de haber sido tanto;
quiero cubrir con palabras
el vacío en que me hallo;
para esconder que me falta
la espada, agrando mi manto;
el gesto no he de agrandarle,
que, como estaba en mi mano
el mundo, aunque él ha caído,
la mano quedóse en alto...

MAGDALENA

¿Por qué si es ello verdad,
Diego mío, y no has cambiado,
respondiste con desdenes
cuando mis padres te hablaron?

DON DIEGO

Es verdad, estuve duro,
Magdalena; he de enmendarlo.

¿Tú no sabes que hace días
me atormentaba este paso?
¿Tú no sabes que sentía
vergüenza de llegar, falto
de laureles, destruido,
sin nombre, como un villano?

(Después de mirar en torno.)

Buscaba á Mander; temía
tropezar con él... ¡El paso
ya se dió!... Y tus buenos viejos,
es cierto, me contemplaron
con cariño... ¿No burlaban
de mí, verdad?... El anciano
se descubrió, al descubrirme;
tendió la anciana sus brazos...
Y yo les quiero...

MAGDALENA

 Mi padre,
Diego mío, no ha dejado
que hubiera fiesta en la casa
para festejar con lauros,
como los demás, el triunfo:
los amigos que llegaron
no danzarán esta noche,
como otras, al pie del árbol;
por estas cabañas andan,
donde han querido ampararlos...

DON DIEGO

¡Noble viejo! Magdalena,
tráele aquí... ¡Pienso que he dado
con el modo de volver,
como quien soy, á sus brazos!

MAGDALENA

(Radiante, contenta.)

¿Le llamo?

DON DIEGO

¡Tráemele pronto!

MAGDALENA

¡Gracias, Diego!

(Sale por la puerta pequeña; quedan solos Don Diego y su hijo.)

DON DIEGO

(Después de mirarle un rato, sonriendo con emoción indecible.)

¿Quién ha atado
de tu cintura, este cinto
con este acero colgando,
hijo mío?

ALBERTINO

Fué mi madre;
para recibirte.

DON DIEGO

¿Hablaron
de mí los abuelos?

ALBERTINO

Mucho:
¡ellos te recuerdan tanto!

¿Y tú?

DON DIEGO

¡Yo más!

ALBERTINO

DON DIEGO

(Sacando con cierta prisa y como con miedo de que le sorprendan, un libro envejecido y sucio, que traerá bajo el jubón de soldado.)

Toma, Alberto,
el solo botín que traigo :
á un gran demonio alemán,
rematándole en un saco,
al darle un golpe en el pecho,
se lo arranqué de las manos ;
muriendo, gritó : «Esta vez,
con este sólo has luchado,
por eso no bastó el hierro ;
si tienes un hijo, dáselo.»
Pensé en ti, pensaba siempre,
y en mi jubón te lo traigo.

ALBERTINO

(Tomando el libro y apretándole contra su pecho.)

¡Gracias ; más lo estimo, padre,
que un laurel!

DON DIEGO

No vale tanto.
Y este acero de este cinto,

si un día has de desnudarlo,
para que en su punto sea,
mira al mundo, no á tu brazo.

(Aparecen en la puerta pequeña Magdalena y los dos viejos; al verles, se hace atrás Diego y, mirando á ellos y mirando luego á su hijo, sigue diciéndole á éste de modo que le oigan todos.)

¡Tú, Felipe Alberto Acuña
de Carvajal... y Godart!
¿Cómo esta casa, que es tuya
pues que de mí la tendrás,
hoy, cuando celebra Flandes
triumfos que le traen la paz,
callada y desmantelada
y muda y cerrada está?
Piensa que eres el primero
de un linaje, en marcha ya,
en que la sangre de Flandes
mezclada á mi sangre va ;
linaje que es, tras las quiebras
de un estéril batallar,
la sola flor, en que, unidos,
los dos reinos vivirán...
Quiero que esta casa tuya
esta noche haga temblar
toda la pradera en danzas,
todo el aire en un coral.
Busca amigos, junta mozas
tráeme lumbre, haz festival,
que tienes sangre de Flandes
y yo no la puedo odiar.
Si, para la empresa, manos
te hacen falta, búscalas...